

El secretoSeudónimo: *La loca de los gatos*

Desde el cuarto escucho el llanto de mami, que viene de la cocina. Empieza bajito, como un suspiro, luego crece y crece hasta que parece que va a estallársele en la garganta. Cuando está a punto de reventar, se contiene. Lo escucho a pesar de la distancia, las paredes y la puerta. A pesar de todo lo oigo y el corazón se me pone chiquito, se me encoge por dentro. Yo no sé si mami se enteró, si él le dijo algo, si lo sabe. Yo no sé. Me acerco por el pasillo, en puntas de pie para no hacerle ruido.

En un primer momento, mami no nota mi presencia, o sí, la nota, pero prefiere ignorarme. Me paro frente a ella y le pregunto: ¿mamita?, ¿qué pasa?, ¿por qué lloras tanto? Parece que no me oye. Le repito la pregunta. ¡Vete, por favor! ¡Déjame tranquila!, grita, sin siquiera voltear a mirarme. Luego aprieta los puños y se queda en silencio. Me voy, me marcho con la cabeza abajo. Yo creo que ella lo sabe, que lo sabe todo. Camino de vuelta al cuarto con los ojos aguados.

Apenas comienzo a alejarme, mami renueva el sollozo. Trato de no escucharlo. Me tapo las orejas y siento que algo me duele; no sé dónde, no sé por qué, pero me duele. No es un dolor cualquiera, como el de muelas o el de alguna raspadura. Es el dolor de la culpa. Yo no lo había sentido antes y no lo quiero, no quiero sentirlo. Entonces, una vez en el cuarto, aprieto los ojos y me meto debajo de las cobijas para no oírla. Me distraigo jugando con mis muñecas. Intento distraerme.

A veces el llanto viene del patio, del pasillo, de la sala, recorre toda la casa. Es como si mami lo hiciera a propósito para torturarme. No sé. Puede ser que ella lo sepa, que de algún modo se haya enterado. Puede ser, todo puede ser. No creo que él se lo haya dicho. Imposible. No lo haría. Me hizo jurar que no se lo diría a nadie. Júralo, dijo, tienes que jurarlo, será nuestro secreto, nuestro y de nadie más.

Las grietas

Seudónimo: *La loca de los gatos*

Imagina una tarde, un día cualquiera. Imagina que eres una anciana, imagina eso, que han pasado muchos, muchos años. Esperas por algo, por alguien, pero no sabes qué o quién. Lo has olvidado. El tiempo lo ha borrado de tu memoria. Tratas de recordar, aprietas los ojos y buscas ese algo en todos los rincones adentro de tu cabeza. Das golpes, arañas, rasgas, pero no logras hallarlo. Por más que te esfuerzas, no puedes. Tienes la sensación de que algo te falta. Sientes tu vida vacía, incompleta, como si te hubieran arrancado un miembro y allí, donde antes estaba, solo quedara el muñón, un nudo de carne ciega y un cosquilleo. Imagina que casi cae la tarde, estás recostada en tu viejo sillón y miras la tele. Recuerdas un nombre, una sonrisa sin rostro, apenas eso, un antiguo dolor. Intentas evocar eso que has olvidado y que te atormenta. Las imágenes en la pantalla pasan frente a tus ojos tan difusas como siluetas bajo el agua. Imagina que ese antiguo dolor vuelve en oleadas, se hace agudo, punzante. Imagina que oyes sonar el timbre, el dolor se convierte en angustia y te levantas. Caminas hacia la puerta con el presentimiento de que lo has hecho miles de veces. Arrastras los pasos. El sol parpadea en el horizonte y echa un último vistazo hacia tu ventana. Miras la sombra de unos pies bajo el umbral. Escuchas una respiración. El timbre vuelve a sonar. Abres y no lo puedes creer: es él. Acaba de volver de la tienda a donde lo enviaste aquella mañana por el mandado. El pan y la leche cuelgan de su mano en una bolsa de papel. Imagina que lo halas hacia adentro y cierras con fuerza. Lo abrazas, lo besas, lo miras por todas partes. Es él, sí, es él, imagina que es él, está sano y salvo y nadie lo ha lastimado. Imagina que estás allí, tendida en el suelo con tu niño en los brazos. El tiempo se detiene por un instante. Le pides perdón y lloras, lloras de alegría, mientras sigues ahí, postrada en tu viejo sillón, y las imágenes pasan y pasan, como ecos lejanos en el televisor.

Último minuto

Seudónimo: *La loca de los gatos*

Dice el noticiero que ha habido un terrible accidente en la autopista, a la altura de la calle libertadores. Se desconocen las causas. Se presume que ha sido por imprudencia del conductor. Estoy viendo muñequitos cuando la noticia aparece en la pantalla e interrumpe la programación. Mami prepara la cena en la cocina. Oigo el sonido de los trastos, percibo el olor de su guisado. Dicen que se ignora cuál es el número de víctimas, pero por el estado del vehículo me atrevo a pensar que no hay sobrevivientes. Mami grita que apague ese maldito aparato, que me concentre en la tarea, que si acaso me quiero quedar burra. Se trata de un autobús de pasajeros, se salió de la carretera y chocó de frente contra el edificio, dice la reportera al otro lado de la pantalla. La zona ha sido acordonada y empiezan a circular las primeras ambulancias. De entre las latas retorcidas solo sale humo y un silencio que hace presentir lo peor. ¡No me obligues a ir hasta allá, grita mami, obedece si no quieres recibir una paliza! Al parecer, y a juzgar por la hora, el autobús se encontraba lleno a tope en el momento del accidente, dice la reportera. Describe a los pasajeros como gente de clase humilde, que volvía a casa luego de su jornada de trabajo. Se trata de la ruta 22. Alcanzo a ver el letrero entre los vidrios rotos y un escalofrío me recorre el cuerpo. Mami llega de la cocina y apaga el televisor. Intento explicarle lo que pasa, pero no me deja. Me da un golpe en la cara y me agarra del pelo. ¡perra malparida!, dice, y echa todo su sermón. Oigo su voz, lejana como un eco. En realidad no la oigo, hay un zumbido que llena mi cabeza. La boca me sabe a sangre. Mami vuelve a la cocina. Me quedo allí, sentada, mirando al suelo con los ojos aguados. Pasa el tiempo y mami sigue allá, revolviendo las ollas como si nada ocurriera. No sé cómo se lo vaya a tomar cuando se entere. Miro la pantalla, está ahí, frente a mí, fría y negra como una premonición.

Venganza

Seudónimo: *La loca de los gatos*

Cuando levantó la pica en el aire y la dejó caer sobre el césped, ya era la medianoche. El silencio lo envolvía todo y la oscuridad se le metía por los ojos. La luna asomaba indecisa entre las nubes, y echaba un poco de luz sobre la espalda del hombre. Limpió el sudor de su frente, oyó el trinar de los grillos, miró al cielo y suspiró. Golpeó de nuevo la tierra, percibió el crujir de las piedras, heridas por el metal, y supo que tomaría algo de tiempo. Echó mano de la pala y removió la tierra suelta. Luego, cuando no hubo más que sacar, lanzó la pala a un costado y agarró otra vez la pica, para vencer con su filo la dureza del terreno. Una vez el hoyo fue lo bastante profundo, arrastró el cajón y lo dejó caer al fondo. Se paró justo en la orilla y se permitió un último vistazo antes de terminar su labor. Mientras cubría la caja pensaba en su venganza. El hoyo se llenó poco a poco. Sentía la sangre caliente, la lengua pastosa, le temblaban las manos y el sudor le mojaba el pecho. Sus pensamientos alzaron vuelo en ese momento: recordó el dolor de su mujer; recordó a su hija, la menor de todas, a la que él más quería; recordó aquella tarde en que, después de tanto buscarla, la hallaron muerta, desnuda entre los rastrojos, picoteada por los pájaros. Sus ojos se humedecieron. Eran las doce y treinta de la noche. El viento movía los árboles. Las nubes del cielo por fin se disiparon y dieron paso a una luna pálida que lo bañaba con su luz. Tomó la pala y la pica y emprendió el camino a casa. Mientras se alejaba [aún] pensaba en su venganza; [pero] en su pecho el rencor empezaba a apaciguarse. Había avanzado unos metros cuando escuchó un grito débil, imperceptible, que provenía de lo profundo de la tierra. No quiso darle importancia porque no la tenía. Prosiguió su marcha sin mirar hacia atrás. Sobre el terreno se proyectaba su sombra larga, deforme. Pronto ya no escuchó nada, se dejó envolver por la noche, apenas [y] percibía los latidos de su corazón.